

LO ESENCIAL Y LO EPISODICO

Afirmar que el día 18 de julio de 1936 el Ejército español y la juventud nacional tomaron las armas pensando en defender el pasillo de Dantzig o la integridad checoslovaca, parecerá —según creo— a quien lo oyere insigne locura. Sostener que nuestra guerra de liberación se hizo para romper las cláusulas del Tratado de Versalles resultaría otro despropósito casi grotesco. No es menor que los anteriores el de los que argumentan a estas alturas con el tópico al uso de que el Alzamiento Nacional sólo obtuvo una decisión interina o provisional a refrendar o rectificar por el triunfo de uno de los bandos beligerantes en la segunda guerra mundial.

Son numerosas, sin embargo, las gentes que hacen de este último criterio, eje de su actuación y conducta. Suponen que la guerra civil española ha seguido su curso de un modo soterrado en los campos de batalla mundiales de Europa, Asia y Africa, mientras los españoles asistían desde su casa como espectadores más o menos apasionados a la contienda que iba a decidir su destino nacional. ¡Singular paradoja! Cuando la nación lleva tres años entregada de lleno a las dolo-

rosas tareas de la postguerra propia, tratando de encauzar las mil dificultades surgidas, esforzándose en reagrupar a los connacionales en pos de ideales comunes, he aquí que sobre tableros lejanos se estaba elaborando por lo visto nuestro futuro sin que los españoles tuviésemos nada que opinar ni decir sobre el particular.

Aceptada esta hipótesis —no ya por los rojos vencidos, lo cual es lógico—, sino por muchos sectores sociales y políticos colaboradores del bando nacional, surge en la mente de estos últimos la consecuencia inevitable, la de tender los puentes a la supuesta comitiva vencedora. Y, en efecto, con esa cerrada fe en la evolución del mundo hacia la izquierda que tienen algunos grupos de la derecha burguesa; con esa falta absoluta de fe viva en las convicciones propias que tan bien conocemos de los tiempos republicanos, se parte al encuentro del imaginado bando victorioso. Verifícase el acuerdo a medio camino. Se ofrecerán y cambiarán garantías recíprocas. Volverán a sonar en los conciliábulos palabras lejanas, casi fantasmagóricas: elecciones, partidos, sufragio universal, Parlamento... Y la tesis moderada, bien pensante, adhesionista en sus buenos tiempos —los tiempos en que mandaba el socialismo o el frente popular— soñará otra vez la imposible historia de un pacífico turno con una izquierda amansada, sin crímenes ni sangre, bajo un paternal régimen liberal y democrático.

Está demasiado cerca la tragedia española y hay excesivos lutos todavía en miles de hogares para que pueda tomarse a burla disparate semejante. Es, por otra parte, aterradora la capacidad de olvido de la burguesía en orden a las experiencias políticas. Hay que

enfrentarse, pues, en serio con estas incongruencias y remontarse de nuevo a los orígenes de la cuestión. Aunque se nos tache de obvios y de inoportunos.

* * *

Si hubiéramos de extractar lo que de esencial había en el pensamiento de la rebelión de julio que dió origen al Estado actual y al Movimiento, nuestra síntesis abarcaría los extremos siguientes: Primero: Licitud de la violencia y de la insurrección armada frente a un Poder ilegítimo, tiránico y abusivo. Segundo: Proscripción de la violencia por la violencia y sometimiento de ésta, como fuerza política, a una norma de espiritualidad, de patriotismo y de justicia. Tercero: Defensa de la dignidad de los españoles y de la dignidad de España. Cuarto: Unidad intangible e integral de la Patria. Quinto: Proclamación de una serie de verdades religiosas, morales y políticas como inaccesibles a la discusión y a los vaivenes del sufragio.

Venía a ser ésta la quintaesencia del Alzamiento de julio, no evidentemente su causa inmediata o su génesis concreta, cifrada sobre todo en el asesinato de Calvo Sotelo, que movió, fulminante, los resortes finales. Pero en el meollo del Movimiento nacional estaban desde su iniciación aquellos principios que lo informaron plenamente y le dieron vida. Y porque eran lugar geométrico y plataforma común de tres grupos políticos netos y bien definidos, por eso se logró aquella perfecta unanimidad y fusión de voluntades que salvó el fracaso del golpe de Estado convirtiéndolo en guerra victoriosa.

Eran estos tres grupos la Falange, el Tradicional-

nalismo y el núcleo monárquico polarizado en torno a Calvo Sotelo y a la revista *Acción Española*. Los tres integraron en su día, al decretarse la unificación, el Partido único. A su vez, el carlismo desde un siglo atrás; el monarquismo renovado desde el 12 de abril de 1931, y la Falange desde su fundación en 1933, asumían ante los problemas fundamentales del Estado actitudes análogas. Así, por ejemplo, ante la democracia liberal, posición estricta de crítica y repulsa; ante el problema de la conquista del Poder, resolución firme de apelar a todos los medios para obtenerlo; ante la decadencia y disolución de la Patria, propósito irrevocable de salvarla a cualquier precio; ante la futura organización del Estado, unánime deseo de cimentarlo sobre bases reciamente hispánicas y católicas.

Frente a la República, la actitud de estos grupos políticos nacionales era neta y terminante: hostilidad a muerte. El régimen nefando que vino a traicionar los destinos de España, entregando al país a las luchas desenfrénadas de partidos, clases y regiones, tenía que ser, por su contenido y por su trayectoria, objeto de sentencia firme. Ni un solo momento desfallecieron en sus actitudes respectivas requetés, monárquicos y falangistas ante la segunda República, atea, socialista y disgregadora. La República de abril —tal era el pensamiento de los nacionales— no era susceptible de mejora ni de reforma porque en sus entrañas germinaba el virus antinacional. Otros grupos nutridos de lo que genéricamente se llama la “derecha” creyeron, por el contrario, que lo interesante era sostener el régimen y tratar de mejorarlo con paliativos. No era la suya una pura cuestión de táctica, como repetidas veces se dijo, sino de doctrina. Los cinco puntos que más arri-

ba enumerábamos como formando el núcleo del pensamiento nacional eran, por ejemplo, abiertamente recusados por los dirigentes máximos de la derecha adhesionista. Ni la violencia les parecía lícita, ni su empleo adecuado, ni la dignidad nacional frente al exterior les preocupaba, ni la unidad española era, en su opinión, cosa intangible; ni había por qué aceptar la existencia de una verdad política independiente de las sacudidas de la opinión y de la masa.

No quisiera dar a estas líneas tono de polémica y mucho menos de acusación tardía. Y tampoco en modo alguno de censura acerba y colectiva contra los magníficos elementos de recio sentido nacional que integraban —numerosísimos— las filas del adhesionismo y fueron víctimas de una errónea orientación, que han sabido rectificar lealmente. Quiero simplemente aclarar las ideas y los hechos. Quien tenga buena memoria y recuerde lo ocurrido en las Cortes después del 10 de agosto de 1932, cuando se alzaron en la derecha voces de insolidaridad y de reniego para los que horas antes arriesgaban y ofrecían sus vidas en un prematuro intento de salvación nacional; o quien evoque los subterfugios evasivos de noviembre de 1933, cuando por temor a la responsabilidad del Poder y falta de convicción en las propias ideas se escamoteó por los dirigentes una victoria electoral resonante y *decisiva* convirtiéndola en base de un bienio moderado republicano; quien, en fin, repase los mil y un incidentes o episodios de dicho bienio, malgastado en una estéril política que acarreó la catástrofe electoral de febrero de 1936, puede juzgar si la afirmación antedicha carece o no de fundamento. Si alguien no reconoce en la orientación de “derecha” española una clara línea

divisoria de pensamiento y doctrina política, o no habla de buena fe, o no ha entendido nada de nuestro proceso político en los últimos diez años.

Con el asesinato de Calvo Sotelo se clausuró la etapa del ensayo adhesionista. Cuando cinco días más tarde, media España se levantó en armas para liberarse del yugo del Frente Popular, la rebelión legítima y necesaria había aceptado implícitamente la tesis de los grupos nacionales que predicaban precisamente la resistencia armada contra la opresión monstruosa de un Gobierno ilegítimo.

* * *

El hecho de que se produjera esta sacudida, exactamente en julio de 1936, diecisiete años después del Tratado de Versalles, no pasa de ser una de tantas coincidencias o simultaneidades que se dan en la Historia. Desdefiar estas circunstancias de "lugar y tiempo" no es evidentemente válido para el político, aunque sí conviene subrayar a estas horas su carácter epistémico. Quiero decir con ello que la rebelión armada de los nacionales contra el Gobierno del Frente Popular se hubiera producido con la misma violencia, supuesto que en la cronología de la historia europea le hubiera tocado otro período de gestación y estallido. El Alzamiento español era totalmente independiente en sí, de concasas exteriores, aunque, naturalmente, por ocurrir en una Europa preñada de incertidumbres y recelos graves, hubo de proyectarse inmediatamente el resplandor de su incendio hasta las cancillerías de los futuros beligerantes de 1939. Nadie puede extrañarse que unos y otros pensarán en utilizar a su favor

las consecuencias derivadas de la lucha española. Ni que, lógicamente, los regímenes autoritarios y nacionalistas vieran desde el primer instante con abierta simpatía el carácter anticomunista de nuestra causa.

A su vez, el Frente Popular gozaba evidentemente de apoyos exteriores a través de diversos gobiernos de análoga tendencia. Rusia, por su lado, intervenía resueltamente con el empeño de bolchevizar a España. Tales fueron los elementos que influyeron de una y otra parte en la guerra de liberación, y su conexión, hemos de repetir, era fortuita, sin vínculo de causalidad con la contienda terrible de España.

Se puede argüir en contrario, invocando quizá el indubitado tono de acritud y destemplanza que en defensa de las ambiciones de justicia y de grandeza exteriores de la Patria tuvo y tiene el juvenil pensamiento nacional de la postguerra hacia la política secular de esta o de aquella potencia. Pero ello no implica rectificación de lo antedicho, sino que supone la simple existencia de una hipersensibilidad crítica en el entendimiento de nuestro pasado y de un deseo de abordar el futuro con propósito de dignificar y engrandecer la misión universal de España.

Ello es independiente de las circunstancias exteriores, y dimana, en cambio, de la raíz ideológica del Alzamiento. Tenía, en efecto, esta última, como antes vimos, un fuerte e insobornable anhelo en pro del sacudimiento de la modorra exterior de la Patria y en favor de recobrar para ésta un puesto en Europa y en el mundo. Este afán se hallaba presente en el carlismo con creciente vigor en los decenios últimos; en la Falange, desde su fundación; en los monárquicos

con sus resonantes y solitarias declaraciones en el Parlamento republicano.

Pero la personalidad exterior de la nación se recobra, ante todo, con dignidad en la conducta y con firmeza prudente. Ambas cosas eran en España imposibles bajo un régimen democrático entregado de antemano a las codicias o á las coacciones del extranjero. Premisa necesaria de toda gran política exterior es la sólida cohesión interna del Estado y del pueblo. Para lograrla se puso en marcha el Movimiento nacional con sus consignas ardientes de fe y de esperanza en los destinos de la Patria.

Hoy día muchos de los que sostienen la peregrina tesis de que sin haber sido beligerantes nos corresponde aceptar en lo que se refiere a nuestra política interna la decisión de la guerra mundial, no lo hacen porque lo crean de buena fe, sino por aborrecimiento doctrinal hacia una España "protagonista" del acontecer europeo. Nunca discrepan o critican de lo que en este terreno se ha podido hacer, por escaso o incompleto, sino por excesivo y aventurado. Estos mismos son los que repiten a todas horas que el fin de la guerra mundial nos va a coger "impreparados". Impreparación no es, como pudiera suponerse, noble deseo de mejora, de fortalecimiento político del Estado y de las Instituciones; apetencia de unanimidad social y moral de los españoles, nunca bastante considerable para afrontar los temporales venideros, sino lamentación de que no se verifique previamente una entrega y abdicación total de la entereza nacional; un relajamiento espiritual y físico que permita ofrecernos como materia inerte y maleable a los moldes de la postguerra mundial que,

impuestos por el vencedor, se suponen rígidos, uniformes e implacables.

Fuera ello cierto, así como estos simplistas en su esquema del futuro se lo imaginan —es decir, unas escuadras aéreas y marítimas victoriosas, dando terribles aldabonazos en las naciones neutrales del mundo para que los “inmortales principios” del 89, las ideas de Rousseau y de las Cortes de Cádiz, se pongan inmediatamente en vigor en aquellos “islotos” donde no lo estén—, y aún habría que oponerse a semejante anacrónica pretensión con una negativa rotunda en el sagrado nombre de los muertos. Pero ya se comprende que la imagen anterior no pasa de ser una humorada o caricatura y que las cosas no pasarían realmente así.

¿Quién puede, en efecto, arriesgar un pronóstico sobre lo que la guerra y la paz del mundo nos han de traer todavía? Luchan ya continentes entre sí, que no naciones como antaño. Fórjanse grandes capacidades industriales nuevas; emigran poblaciones en masa; unos pueblos se liberan y emancipan; otros desaparecen y se someten; clases enteras de la pequeña burguesía se proletarizan; se destruyen riquezas y capitales en cantidades fabulosas y a ritmos de vértigo; las monedas son entidades míticas... Surgen como revelaciones sensacionales los enormes poderíos asiáticos. Unos cuantos hombres de ambos bandos en lucha, enérgicos, avisados, resueltos, deciden en un minuto del destino de millones de humanos... El arma aérea se revela como un insospechado factor militar y político capaz de modificar sustancialmente los conceptos estratégicos y hasta la futura ordenación nacional, imperial o continental del mundo. ¿Y en serio puede hablarse a la vista de este panorama apocalíptico que supone proba-

blemente el fin de una época en la historia universal y la apertura en el mundo de un nuevo ciclo religioso y político, económico y social, de incalculable alcance; en serio, decimos, puede pensarse en una sencilla y candorosa vuelta a los chapoteos partidistas y democráticos, a las intrigas del comité electoral de turno, a los "quorums" de segunda vuelta, a las urnas y a los "pucherazos" de los tiempos de *Gedeón*?

En política, escribía Bainville, no es posible profetizar nunca el "horario" de los acontecimientos venideros. Sí, en cambio, el sentido de los mismos y su probable desenvolvimiento. A esta sentencia añadiríamos que hay un tipo de augurio más sencillo todavía, de carácter negativo. Y es el que permite adivinar "lo que no será" el futuro. Creo que a la altura en que se encuentran los conflictos actuales del mundo cabe pronosticar —con regocijo o con lástima— la definitiva quiebra de una porción de principios que sirvieron un día de base al desarrollo político y social del mundo burgués de Occidente. Entre ellos están los del individualismo liberal y democrático y el principio de las nacionalidades, que juntos sirvieron de urdimbre fecunda a la entera historia del siglo XIX europeo.

* * *

Queda en pie el otro grave problema de la hora: el comunismo. Deliberadamente lo enfocamos de modo aislado porque en torno a esta cuestión cabe hacer un razonamiento independiente con abstracción de las otras circunstancias.

El comunismo no es un fantasma lejano, ni una nación invadida que se defiende, ni un "slogan" de

la propaganda beligerante, ni un argumento dialéctico de uso interno. El comunismo existe, físico y concreto, amenazador y pletórico de energías en el seno de nuestra propia vida nacional. En 1936, después de la victoria electoral de febrero, estuvo a punto de alzarse con el país, fracasando en el empeño por haberse adelantado los nacionales a sublevarse. Durante la guerra española fué el alcaloide de la resistencia roja y el germen de los asesinatos en masa. Después de la lucha, el comunismo sigue trabajando sordamente, esperando con fe iluminada su hora de revancha.

Imaginad ahora lo que pueda ser una guerra ganada por la U. R. S. S. No hablo de las fantasías imaginativas de los que ven los tanques con la estrella roja en las calles de Dunquerque o de Hendaya, sino de algo mucho más importante y grave. Quiero decir en la enorme, inmensa agitación moral que en el proletariado de toda Europa —una Europa predispuesta por la fatiga guerrera, la alimentación reducida y las destrucciones en masa— hubiera de producir una victoria del ejército soviético, de un ejército revolucionario y clasista, dispuesto a abolir las fronteras. ¿Se concibe bien la hondura trágica del fenómeno? Los cimientos mismos de la milenaria cultura occidental se conmoverían hasta lo más hondo, pues tal es la terrible fuerza cósmica de la revolución comunista: la de tener aliados espontáneos y fanáticos en el seno de todas las patrias del mundo. (Cosa que jamás sucede sino en grado menor y tibio con cualquier otra potencia mundial en trance de extender su imperio.) Y luego hay esta otra enseñanza impresionante: el Estado comunista habría hecho en esta guerra su prueba de fuego con éxito. Como instrumento totalitario al servicio de

una mística revolucionaria, habría superado en eficacia militar a las pálidas formas occidentales de tipo similar, aunque de signo y contenido contrarios.

Pues bien, a esta amenaza cierta, inevitable casi, que tiene en España, a menos de cuatro años de distancia, experiencias horribles e inolvidables, piensan algunos oponer, como suprema habilidad, espantajos doctrinales o figurones periclitados que tengan un cierto "sabor a izquierda" para calmar la marea creciente. Recordando sin duda la feliz experiencia de 1931-36, cuando confiscada la reacción nacional por las directivas del grupo mal-minorista hubo de tenerse las con el comunismo, fortalecido y engallado, enquistado en el Poder ¡y en el propio Ejército! en julio de 1936, costando ríos de sangre y tres años de lucha lo que en agosto del 32 hubiera sido cuestión de horas, en octubre del 34 de días y en diciembre del 35 tal vez de semanas, si la tesis de la resistencia armada hubiera triunfado sobre la funesta doctrina de la "legalidad republicana".

Porque, en definitiva, frente a la revolución comunista, que es simplemente la Revolución del 89, llevada a sus últimas consecuencias, ha habido en la política española dos actitudes y dos experiencias. La de quienes no la vieron venir, ni la descubrieron a tiempo, ni supieron darle la batalla, prefiriendo siempre la transacción y la componenda. Y la de quienes afrontaron su riesgo denunciando el peligro, alertando a las gentes y preparando la lucha. Desde el 12 de abril de 1931 al 16 de febrero de 1936, y a través de innumerables episodios, la política de transigencia hizo sus pruebas. Con el mismo lenguaje: "Hay que evitar la guerra civil", entregaron los Ministros la Monarquía, y los gobernantes del segundo bienio el Poder con sus resortes, al enemigo. Lo

que hicieron unos y otros fué encender inconscientemente la gran hoguera nacional con su debilidad. Y por salvar unos supuestos principios de convivencia se acarrearón matanzas fratricidas sin cuento.

* * *

Creo que es menester decirlo con toda claridad: hay bastante confusionismo a la hora presente en los propios sectores auténticamente nacionales, entre los elementos que llevan sobre sus hombros la dura responsabilidad de haber predicado y sentido una doctrina política sobre España y sus problemas que iba a cuajar, a través de una guerra dolorosa, en el Estado y Movimiento actuales. Esta desorientación tiene, a veces, motivos de simple tibieza. En otras ocasiones, entra en juego un cálculo de probabilidades sobre el futuro, más o menos contingente. Pero, en muchos casos, tiene también su origen en agravios ciertos y concretos, en desviaciones lamentables, en postergaciones, egoísmos y torpezas cometidas con ellos o con lo que políticamente significan y propugnan. Yo no pretendo señalar aquí los errores en que la natural imperfección humana de los organismos políticos haya incurrido en este orden de cosas a lo largo de estos tres años últimos. Lo cierto es que hoy día se hallan fuera del ámbito de la efectividad del Movimiento sectores extensos del campo nacional que se consideran insolidarios, si no de su esencia, de su trayectoria.

Ello es, a mi juicio, grave. Contrariamente al irresponsable desenfado con que muchos se regocijan de esta dispersión, a cuantos quisimos, preparamos y vimos nacer el difícil y desesperado Alzamiento de julio, nos llena de auténtica inquietud y deseo de superarla. Pues esta desconexión da lugar, según creo, a un doble

efecto pernicioso: empuja al mal llamado Partido —el Caudillo fustigó certeramente esta denominación— a un ensimismamiento solitario y añorante, alejado de la realidad y del fervor popular, y arroja, al mismo tiempo, a las otras gentes que hicieron y deben integrar el Movimiento, al riesgo de perder definitivamente la brújula en el caos de las intrigas antinacionales.

Para evitarlo —es preciso insistir con vehemencia en estos momentos cruciales de la historia de España y del mundo— hay que distinguir entre lo esencial y lo episódico. Lo esencial, debe ser eje de agrupación y de lucha. Lo episódico, no puede conducir sino a alianzas circunstanciales de mala fe.

Lo esencial de nuestra política, es decir, los principios fundamentales del Movimiento de julio, como son la unidad del Estado, la ambición de grandeza y libertad de la Patria, la guardia armada de los valores de la civilización cristiana, las instituciones políticas emanadas de la Tradición al servicio de la continuidad histórica, el profundo sentido social para regenerar la miseria de nuestro pueblo; todo ello constituye un cuerpo indivisible de pensamiento que ayer no era sino guión de esperanzas, pero hoy, a través de nuestra lucha, es ya en la mente de las nuevas generaciones algo definitivamente incorporado a su modo de ser.

Ignorarlo, supeditando estos principios a las episódicas conveniencias de un futuro ambiente universal, equivaldría a malograr la victoria alcanzada a costa de la mejor sangre española, en aras de un oportunismo, por lo menos, de dudosa eficacia. Que ninguna política merece siquiera el respeto del mundo si no guarda en su trayectoria y contenido un mínimo de coherencia y dignidad.

JOSÉ MARÍA DE AREILZA.